

Antropología del cerebro. La conciencia y los sistemas simbólicos

Roger Bartra
PRE-TEXTOS. Valencia, España 2006

Desde que el hombre empezó a organizar y sistematizar sus conocimientos, han quedado manifiestos el deseo y la necesidad de entender los procesos que conforman el fenómeno que llamamos conciencia. Las primeras reflexiones sistematizadas al respecto se enmarcaron en el ámbito de la filosofía, pues de manera natural las ideas y los razonamientos, así como las preguntas reflexivas acerca de uno mismo, el *yo*, parecían encontrar su lugar en esta esfera más que en la de la ciencia propiamente dicha.

Hasta hace relativamente poco tiempo, entre 50 y 60 años, los conocimientos emanados del estudio del Sistema Nervioso se constituyeron en lo que hoy conocemos como neurociencia y es en este terreno donde surge el personaje que se pregunta acerca de los mecanismos de la conciencia. Al contar con las bases estructurales y funcionales del Sistema Nervioso, se echa mano de un ejercicio integrador de funciones que llamaríamos cognoscitivas y afectivas, al fin superiores, situadas en la corteza cerebral. Estas dan como resultado productos intangibles como los recuerdos, los pensamientos y las asociaciones de ideas, que devienen en una concepción nueva: el conjunto de funciones complejas que desembocan en el fenómeno no menos complejo de la conciencia.

De aquí que nos preguntemos: ¿Los neurocientíficos han arrebatado a los filósofos el estudio de la conciencia?

A juzgar por los libros publicados al respecto en los últimos 15 años, parecería que los neurocientíficos y su campo han asumido la empresa. John Eccles, Roger Sperry, Gerald Edelman, Daniel Dennett, Antonio Damasio, Francis Crick, Michael Gazzaniga, Oliver Sacks, Giacomo Rizzolatti, José Luis Díaz, Rodolfo Llinás, Vilanayur Ramachandran son algunos de los nombres, entre una veintena más, que aparentemente han tomado posesión del bastión llamado conciencia. Todos siguen tendencias diversas, en ocasiones francamente contrapuestas, aportando unos en el terreno teórico y otros en el campo de las pruebas experimentales, donde integran elementos y elaboran construcciones invaluable para el entendimiento racional del fenómeno de la conciencia.

En este contexto surge un libro sorprendente y fascinante: ¿por qué designarlo con estos adjetivos? En primer término, por el título mismo *Antropología del cerebro*, y no se trata de lo que ha abordado clásicamente la antropología al respecto del cerebro, como su evolución, peso y volumen, y las diferencias entre especies, sino un verdadero paso más allá que advertimos en el subtítulo *La conciencia y los sistemas simbólicos*. En segundo término, por presentar un abordaje desde la antropología, disciplina profesional primigenia del autor, al asunto de la conciencia desde la misma plataforma argumental de la neurociencia.

Son de admirar la cantidad de autores citados, la buena asimilación de sus conceptos y la cristalina traslación de los mismos a las páginas del libro desde, insisto, la óptica humanística antropológica. Pero Bartra no se detiene ahí sino que además presenta una nueva hipótesis. Innovar en un campo que, sin trivializar, está de moda dentro del quehacer cultural, es difícil dada la cantidad de expertos que trabajan en él.

Vayamos a la sustancia: Bartra identifica claramente que los neurocientíficos -esta última es una generalización mía, pero creo que válida para su propuesta- sitúan al cerebro como medio interior y precursor del *yo* individual, por ende de la conciencia, y propone que este hecho en sí puede ser un obstáculo para avanzar en el entendimiento del fenómeno de la conciencia humana en sentido integral. Propone que la conciencia puede surgir de la capacidad del cerebro para reconocer la continuidad de un proceso interno (neuronal) en circuitos o vínculos ubicados en el entorno del individuo, lo que él denomina "exocerebro", el cerebro afuera del cerebro (que en realidad no lo es), el vínculo y en cierta forma el vehículo que enlaza a la cosa social, agrega Bartra, una especie de prótesis del cerebro que lo ayudaría a adaptarse o readaptarse, utilizando los sistemas culturales de codificación simbólica y lingüística.

Para sustentar mejor su hipótesis menciona patologías que provocarían la inhabilitación o atrofia de la prótesis exocerebro. Como ejemplo de ello utiliza el síndrome de personalidad antisocial, en que se ha demostrado una pérdida de neuronas (sustancia gris) en la corteza frontal. Este mismo estado no se presenta en otras patologías mentales como la esquizofrenia y la adicción a drogas. Otro ejemplo que utiliza es el de los enfermos con autismo, los cuales presentan un grave déficit en la esfera del lenguaje y en el de las relaciones sociales, donde se encuentra

perdida esta función básica del límite de lo propio -el *yo*- con el otro, entre otras cosas. En los dos casos queda manifiesta la imposibilidad de estos individuos de vivir e interactuar de manera armónica en sociedad y, por otro lado -aún más grave-, la pérdida de la retroalimentación cognoscitiva y en la esfera del afecto que los imposibilita para el desempeño y la autoconstrucción de su propia conciencia.

Hasta ahora he esbozado lo sorprendente del libro; lo fascinante está en cómo está dicho. En lo que ahí se ha escrito sale a relucir la buena factura del lenguaje de Bartra al servicio de sus ideas. Es decir, queda claro que el ejercicio de hermanar teorías y posturas en torno a la conciencia lo cristaliza hasta en la forma de expresar sus conceptos, lo que convierte el libro en una lectura amena, de las que tienen la virtud de dejar al lector enganchado, con la necesidad apremiante de concluirlo y el gusto por revisitarlo. Otro buen atributo es que pone al alcance de un público universitario conceptos reunidos en torno al tema de la conciencia, sin dejar de lado, su tratamiento riguroso. Además, como expuse párrafos arriba, aporta una propuesta novedosa que invita a reflexionar y revela que la forma más racional de abordar temas tan complejos es desde la interdisciplina, lo que también propicia la extinción de los egos y feudos gremiales, que a fin de cuentas interfieren con los desarrollos intelectuales fructíferos. En fin, esta entrega de Bartra es sin duda aire fresco y fuerte para el campo de la conciencia.

Francisco Pellicer Graham